

Cuestiones Teológicas, Vol. 35, No. 83 p. 183 - 190
Medellín - Colombia. Enero-Junio de 2008, ISSN 0120-131X

EL TEÓLOGO COMO MEDIADOR EN EL PROCESO DE TRANSFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD¹

The Theologian as a Mediator in the Process of Transforming the Society

DIEGO ALONSO MARULANDA DÍAZ^{*}

Resumen:

El teólogo católico como mediador de la sociedad tiene retos nuevos que afrontar en nuestros días y hacia el futuro. La inteligencia de su fe lo hace, cada vez más, consciente de la belleza, de la verdad y de la bondad de su historia y de su entorno, y al mismo tiempo, por su capacidad de admiración, valora todo lo bueno que hay en el medio donde vive, y desarrolla una mirada crítica frente a los peligros que se advierten en detrimento del hombre. El teólogo, cuando profesa la verdad de su vida, sabe que su labor de mediación dentro de la sociedad va más allá de las categorías de la ciencia humana, y que su aporte significativo a la misma no se basa sólo en principios de razón (*secundum rationem*), sino fundamentalmente en los principios de la inteligencia misma de la revelación, porque la gramática que ofrece es ante todo *sapiencial, experiencial y vital*, y no sólo científica. Su aporte se hace real cuando se sienta en la mesa de la vida con los demás como un hombre creyente experto en humanidad y gran comunicador de esperanza.

Palabras clave: Teología - Teología fundamental - Teología pastoral - Doctrina Social de la Iglesia - Teólogo.

¹ Esta conferencia fue presentada en el marco del Congreso Internacional: "Aportes de las facultades de teología al desarrollo de las sociedades" realizado en el Instituto Católico de París, entre los días 27-31 de enero de 2008.

^{*} Sacerdote de la Arquidiócesis de Medellín, Actualmente Decano de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín.

Artículo recibido el 03 de febrero de 2007 y aprobado por el Consejo Editorial el día 10 de marzo 2008.

Dirección del autor: diego.marulanda@upb.edu.co

Abstract:

The Catholic theologian as mediator in the society has new challenges to take up today and in the future. The intelligence of his faith makes him more and more aware of the beauty, the truth and the goodness of his history and his surroundings and, at the same time, he is able to appreciate anything good where he lives. He develops a critical approach to the dangers which are threatening the human being. The theologian, when he actually lives the truth of his life, knows that his mediation in society goes beyond the categories of science and also knows that his meaningful contribution to society is grounded not only *secundum rationem* but, fundamentally, in principles of the understanding of revelation, because the reading grammar he offers is above all *sapiential, experimental and vital*, not only *scientific*. His contribution becomes real when he sits down at the table of life with others as a believer in humanity and as a great communicator of hope.

Key words: Theology – Fundamental Theology – Pastoral Theology – Social doctrine of the Church – Theologian.

“Sugiero llevar a cabo el programa -todavía incumplido- de la ‘teología de los signos de los tiempos’ del Vaticano II, y aplicar las distinciones del código de la salvación al ser social de una forma más sutil y exigente”².

I. CUESTIONES INTRODUCTORIAS

Cuando se formula la pregunta ¿qué teólogo para cuál sociedad? surgen de entrada otras preguntas que merecen una respuesta clara. Ante todo, ¿de cuál teólogo se habla? ¿será posible un “teólogo” así genérico? Porque aunque se lograra un “*teólogo universal*”, existe una realidad bien contrastante: hoy en día en la ciencia teológica se ha diversificado la percepción del teólogo, pues se encuentran con facilidad nociones como: el teólogo bíblico, el teólogo sistemático, el teólogo dogmático, moralista, pastoralista, liturgo, jurista, fundamental, historiador... y la lista se configura mucho más larga aún.

La definición de teología ha tenido a lo largo de la historia muchas concepciones. Desde la perspectiva de la Biblia, teología sería la captación, la percepción por experiencia de la revelación, de la lógica de Dios en esta historia, en el acontecer cotidiano de cada ser humano para el beneficio de la comunidad, forjando ciudadanos libres capaces de un compromiso ético social³.

² Cf. OVIEDO TORRÓ, LLUÍS. *La Fe cristiana ante los nuevos desafíos sociales: Tensiones y respuestas*, Cristiandad, Madrid, 2002, 98.

³ Sobre el papel del teólogo y la teología para hacer historia con sentido y ciudadanos libres. Cf. GARCÍA GIBERT, JAVIER. *Consagradas Escrituras*, Machado libros, Madrid 2002, 9-13.

Con base en lo anterior, los rasgos característicos de un teólogo hoy, están en relación con aquella persona capaz de captar en su propia vida (acto de la fe) el acontecer de Dios, en las decisiones cotidianas respecto a las personas con las cuales interactúa⁴.

Quien como persona, de manera privilegiada, captó el acontecer de Dios en su vida y desde allí propuso una *manera de vivir y un estilo de vida* con unos rasgos concretos, es Jesús de Nazaret. El Teólogo de Dios por excelencia es Jesús de Nazaret. Él puede mostrar en su propia vida, en su manera de pensar, de hablar y de referirse a la realidad, cómo hacer experiencia de Dios en esta historia, él nos deja conocer cómo se es teólogo desde la realidad concreta. Luego, el perfil del teólogo actual con dificultad podrá alejarse de la propuesta original, de lo contrario, arriesga adentrarse por senderos intrincados en los cuales se agotará sin poder abrirse a la realidad que lo trasciende⁵.

2. EL TEÓLOGO Y SU ENTORNO SOCIAL

El lugar que nos convoca nos permite saber que el problema delimitado en el título sugerido, se circunscribe en el ámbito del quehacer teológico *católico*; entendiendo por este concepto no una estructura religiosa, sino la capacidad misma que tiene el creyente cristiano para *comprender todo con la intensidad de no dejar nada por fuera* (Von Balthasar)⁶. Es de vital importancia mantener presente el espíritu de este principio *católico*, que bien puede considerarse el pulmón de la teología y el lugar propio desde donde el teólogo se ubica responsablemente en la sociedad y delimita la forma (Gestal) de su acto de fe, y valora el vestido de la cultura que lo caracteriza y su ejercicio académico con el que participa humildemente en el ámbito de la sociedad.

En la puerta del *aula de los teólogos* pudiéramos colocar esta provocante premisa: el teólogo no es redentor de la sociedad. Es aquel hombre o mujer creyente, que a partir de su fe y de su riguroso ejercicio académico, tiene la capacidad de contagiar de significado y de sentido a sus semejantes en el camino de la vida.

El teólogo católico mantiene una visión amplia de la realidad y de las ciencias porque no quiere sentirse un extraño más en el hogar de los problemas humanos; la inteligencia de su fe lo hace, cada vez más, consciente de la belleza, de la verdad y de la bondad de su historia y de su entorno, y al mismo tiempo, por su capacidad de admiración (*Oculata Fidei*) valora todo lo bueno que hay en el medio donde vive, y desarrolla una mirada crítica frente a los peligros que se advierten en detrimento del hombre. Sobre estos peligros afirma Benedicto XVI:

⁴ Cf. KÜNG, HANS. *El cristianismo*, Trotta 3ª edición, Madrid 2004, 797. Jesús es capaz de impactar en el mundo de hoy.

⁵ Cf. PÉREZ, MIGUEL. TREBOLLE, JULIO. *Historia de la Biblia*, Trotta, Madrid 2006, 239-254. Todo el libro podría ilustrar el sentido de la Biblia y la teología hoy, pero para esta dimensión hermenéutica y como caracterización de un perfil del teólogo, las páginas mencionadas.

⁶ Cf. VON BALTHASAR, HANS URS. *Católico*, Encuentro, Madrid 1998.

Se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu: todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en la humanidad. Por lo demás, la ética de la investigación científica [...] debe implicar una voluntad de obediencia a la verdad y, por tanto, expresar una actitud que forma parte de los rasgos esenciales del espíritu cristiano. La intención no es retroceder o hacer una crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y de su uso. Porque, a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, vemos también los peligros que surgen de estas posibilidades y debemos preguntarnos cómo podemos evitarlos. Sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir su horizonte en toda su amplitud. En este sentido, la teología, no sólo como disciplina histórica y ciencia humana, sino como teología auténtica, es decir, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias⁷.

Estos peligros que se advierten en detrimento de la dignidad del hombre obligan al teólogo a preguntarse ¿cuál es su nuevo modo de existir con los hombres de su época? ¿Tiene o no sentido su vida y la de los “otros” en esta sociedad? Sin duda deberá estar atento al pensamiento de Wittgenstein quien afirma: “Sentimos que incluso, cuando todas las posibles cuestiones científicas han sido respondidas, nuestros problemas vitales no han sido ni siquiera tocados”⁸. Para el trabajador de la teología; es decir, para este hombre creyente que vive en sociedad, la *verdad sobre el hombre*, la propia y la de los demás, se convierte en el sudor de sus esfuerzos. El teólogo católico es consciente de que la ciencia que manipula con las manos de la fe y de la razón es una *donación* recibida a través de la revelación de Dios en Jesucristo. Desde esta conciencia, y sólo desde aquí, el teólogo se sitúa creativamente en su mundo para dialogar con él y para afirmar a Dios y la verdad que éste revela sobre el hombre.

El teólogo, cuando profesa la verdad de su vida, sabe que su labor de mediación dentro de la sociedad va más allá de las categorías de la ciencia humana, y que su aporte significativo a la misma no se basa sólo en principios de razón (*secundum rationem*), sino fundamentalmente en los principios de la inteligencia misma de la Revelación. Es por ello que su aporte es ante todo *sapiencial, experiencial y vital*, y no sólo científico. En su labor como mediador y orientador en la construcción del tejido social son imprescindibles el diálogo y la apertura, la solidaridad participativa, la interdisciplinariedad y un amor incondicional a todo aquello que es distinto de él. Su aporte se hace real cuando se sienta en la mesa de la vida con los demás como un hombre creyente experto en humanidad.

⁷ Cf. BENEDICTO XVI. Discurso en la Universidad de Ratisbona. *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*, martes 12 de septiembre de 2006.

⁸ Cf. MARDONES, JOSÉ MARÍA. *La vida del Símbolo*, Sal Térrea, Santander 2000, 57.

De su actitud católica frente a la vida humana depende la adquisición de *otras gramáticas*, que le son necesarias, y se le ofrecen como nuevas oportunidades para poder *decir* una palabra con sentido, y no sólo unas recetas, en relación a los retos que los aspectos éticos del “progreso científico –tecnológico” y los de tipo “técnico-económico” de hoy que, en ocasiones, no son respetuosas de la primacía del ser humano.

3. SITUACIONES CONCRETAS DEL TEÓLOGO HOY EN LAS SOCIEDADES LATINOAMERICANAS

El teólogo católico tiene retos nuevos que afrontar en nuestros días y hacia el futuro; retos que definen la función y la misión que le corresponde realizar en la sociedad, teniendo presente que “el hombre que se pregunta por lo trascendente no es solamente el académico de la teología que está enterado de las verdades sobre Dios, sino sobre todo, la mayoría de los latinoamericanos a los que sus preocupaciones cotidianas le desplazan esa pregunta; un hombre, un mundo en el cual lo inmanente, en apariencia, es más fuerte o más preocupante que lo trascendente”⁹.

3.1 De la disciplina como tal al hombre de la disciplina¹⁰

Queremos presentar al *teólogo católico* como aquel creyente que lleva en sus manos el fundamento de las verdades ya reveladas, y su afán por la búsqueda de una verdad humana en la que todos los hombres puedan encontrarse para disfrutar el significado divino de sus vidas. Sin esta verdad, la gramática del teólogo estará siempre amenazada de no futuro porque se devaluarían sus conceptos más relevantes. Luego, nos atrevemos a pensar que el principio que sostiene la base del estatuto epistemológico de la teología está dado en la línea del pensamiento de Urs von Balthasar, quien afirma categóricamente: “La verdad no es una, sino Uno”¹¹. Este modo de comprender la verdad cambia significativamente el corazón, la palabra, la mente y la vida del teólogo. Su mirada sobre el mundo y sobre los otros se desplaza a lugares muy amplios que superan los límites de la razón. Él sabe que esta forma de comprender la verdad lo compromete a dar respuestas auténticamente existenciales y no otras. Aceptar que la verdad es Uno y no una, en teología, significa aceptar que ella está ordenada a dar sentido y significado al hombre. Tal vez sea esta la razón por la cual “la teología debe reinventar un discurso creíble en el nivel disciplinario de tal forma que no sea una convidada de piedra en la construcción de los ideales de la región, un discurso sobre Dios que supere el marco de la religión, con el cual se pueda afirmar desde el conocimiento y desde la práctica, desde la teoría y desde la praxis, que la especulación sobre Dios no

⁹ Cf. RAMÍREZ AGUIRRE, JORGE IVÁN. “Las tendencias de la teología en América Latina”, en *inFormador Arquidiócesis de Medellín*, septiembre de 2001.

¹⁰ El afán disciplinario auténtico no es definir el estatuto científico de la teología sino consolidar el aporte como disciplina al conjunto de las búsquedas humanas; si se quiere, en el fondo la preocupación de hoy no es la disciplina como tal sino el hombre de la disciplina. Cf. *Ibid*.

¹¹ Cf. VON BALTHASAR, HANS URS. O. c., 10.

es solamente un problema de religión del hombre latinoamericano, sino también una cuestión auténticamente existencial”¹². El teólogo siempre queda implicado allí donde la verdad sobre el hombre está amenazada.

Entre nosotros se ha subrayado, por ejemplo, el carácter “vivencial” del objeto de la teología (su “subiectum”, según la terminología escolástica). El objeto propiamente dicho de la reflexión teológica es, según este énfasis, la praxis de la fe. Luego, la misión del teólogo no consiste entonces simplemente en reflexionar, explicar, expresar con su discurso propio la realidad de Dios considerada en sí misma, sino que se desarrolla dentro de la fe vivida, es decir, dentro de la realidad en cuanto es experimentada por el hombre creyente. Este es un aspecto de mucha importancia para definir el papel que desempeñan los teólogos con su reflexión y las consecuencias que tiene dicha reflexión, cuando se trata de buscar una racionalidad integral.

En la actualidad habría que hacer el énfasis en el teólogo como sujeto creyente, y no sólo en la teología como disciplina en sí misma. Entre nosotros, el teólogo contribuye a la transformación social cuando su palabra tiene la fuerza de la esperanza. En este sentido, escuchábamos a uno de los miembros de nuestra comunidad docente, varias veces citado, quien afirma:

Con toda seguridad queremos pensar en una teología con serias aspiraciones racionales, pero no tan seria como la de los racionalistas; una teología en la cual el concepto no propicie el efecto deletéreo que lo caracteriza, no simplemente conceptual, sino llena de vida; una teología parecida a nuestra manera de concebir el mundo, una especulación que tenga humor y que hable de un Dios con humor, un Dios de gracia, un Dios gracioso, como lo plantea Urs von Balthasar; pensar la teología desde nuestra experiencia demostrará una visión enriquecedora al legado teológico universal y abrirá posibilidades a una teología más orgánica y menos sectorial, más planetaria, más globalizante¹³.

En esta misma línea, nuestra lengua castellana nos ofrece un interesante recurso etimológico para expresar este propósito: la racionalidad buscada no se logra simplemente por la “razón” conceptual sino también y tal vez principalmente por medio de una razón que la trasciende, la “co-razón” (Cf. Pascal: “el corazón también tiene razones”). Además, entre nosotros es clara la actualización de un lenguaje narrativo y simbólico que trascienda lo puramente conceptual cuando se habla del esfuerzo por crecer en la conciencia de la fe. La teología de nuestras iglesias de América Latina ha mostrado un vivo interés por este propósito, lo que es perfectamente comprensible si se tiene en cuenta que más que una doctrina y un cuerpo conceptual, la fe de nuestros pueblos es una fe fundamentalmente religiosa, una fe vivida y celebrada *más que pensada*.

¹² Cf. RAMÍREZ AGUIRRE, JORGE IVÁN. O. c., noviembre de 2007.

¹³ *Ibid.*, diciembre 2001.

3.2 La identidad y la misión del teólogo dentro de la sociedad

En el sentido mismo en el cual se comprendió la noción de lo pastoral en el Concilio Vaticano II como una sensibilidad que caracterizó todo lo que en él se promulgó y todo lo que en él se emprendió, se puede entender también esta dimensión en relación con el teólogo. Por la realización de la actividad teológica, la comunidad cristiana tiene la posibilidad de desarrollar su conciencia acerca de la fe vivida, no sólo en un sentido puramente teórico, sino en un sentido eminentemente práctico. Por muchas razones, la fe vivida y practicada en sentido cristiano y eclesial debe ser una fe consciente.

Nuestra ciudad de Medellín, como es bien sabido por todos, ha sufrido momentos críticos en los que la vida ha sido escandalosamente irrespetada. Actualmente, constatamos una significativa recuperación del tejido social; tarea en la que han sido protagonistas, también, un cualificado número de teólogos, hombres y mujeres, que han participado en los procesos de acompañamiento a las víctimas y de los victimarios, y han podido ayudar a rescatar la dignidad de la persona humana. Tal vez, sus aportes no tengan peso en la balanza de la razón funcional, política y económica de nuestra época, pero lo que sí es cierto es que estos teólogos, que entre nosotros son pastores, alimentan con su trabajo y su testimonio la esperanza de nuestro pueblo. Aquí, en el lugar de la vida es donde el teólogo tiene futuro. Por lo tanto, su participación creativa en la recuperación de una ética social es un imperativo urgente que le posibilita ser actor de primer orden dentro de esta sociedad.

Somos conscientes de la vigencia de este problema que nos convoca: "El teólogo como mediador en los procesos de transformación de la sociedad", pero al mismo tiempo, llamamos la atención sobre la capacidad de apertura que debe tener el hombre de la disciplina teológica para permitir que otros saberes y otros problemas existenciales de su entorno vital le posibiliten un crecimiento normal de su gramática teológica, y lo capacite para concursar con todas las demás fuerzas de verdad que intentan dar una respuesta de sentido, con fe cierta, a este hombre concreto mayoritariamente pobre y desorientado.

A manera de conclusión

En el escenario de la vida misma, el teólogo tiene la responsabilidad de ser un crítico objetivo de lo bello y lo feo, de lo bueno y lo malo, de lo verdadero y falso que se muestra palpablemente en el entorno donde vive. Este sentido crítico le permite ofrecer, sin temor alguno, lo que está faltando, es decir, la bella gramática de lo humano tal como la entiende el Evangelio de Cristo. Su tarea de mediador, como hombre creyente y experto en humanidad, le exige al teólogo ofrecer las claves para descifrar el misterio del hombre y responder a sus problemas más profundos (GS 10). Para cumplir con esta responsabilidad debe ser un experto del oído, es decir, el hombre que sabe escuchar, para hablar después; que intenta comprender antes de ofrecer soluciones, que sabe tender puentes entre las partes, con un *lenguaje esperanzador*, antes que mostrar la bandera ganadora de la ciencia que sabe.

El teólogo, como hombre creyente, en su actitud de *escucha y de diálogo* es consciente de ser uno igual entre iguales, con la responsabilidad inevitable de ofrecer con decisión la verdad que le ha sido donada por la revelación de Dios en Jesucristo, con el fin de hacer más fácil para sí mismo, para los demás y para la creación entera la *vocación al amor*.